

pedra en el patio, hoy cubierto por una moderna y aseada, pero monótona sucesión de baldosas. ¡Y qué descubrimientos misteriosos encontraba nuestro pasmo! Bajados del cielo con las gotas de agua, había alfileres, cuentecillas de vidrio microscópicas—mostacillas—cuentas más grandes, botones, todo un universo de objetos que creíamos bajados de la luna. ¡Cómo se detiene un chiquillo ante una caja de fósforos de una fábrica cuyos productos no conoció antes; ante una aglomeración de maderas viejas, que el hombre no ve y que en el alma vacía del niño obtienen un lugar preferente! Bajo esos fragmentos de muebles, vigas, puertas viejas, aglomerados en un patio, el niño encuentra una flora y una fauna que le reservan innumerables sorpresas. Se mueven microscópicos seres, pupulan sabandijas. ¡Oh, qué misterio de emoción cuando se encuentra con una bestezuela rara, la hormiga-león, que devora moscas y hormigas comunes, gusanos con cuernos, escarabajos de oro y esmeralda! Y qué hallazgo cuando en una ruedecilla que puede servir para un carro o en una caja de cigarrillos abandonada vemos un tesoro inmenso. ¡Oh almas de los niños, puras, blancas y vacías! ¡Cómo parecéis dar la razón a los que hablaron del horror al vacío que siente la naturaleza! ¡Cómo os apresuráis a llenarlos! Y cuán mejor que estéis llenos de esas cosas pequeñas y humildes.

¡Oh la tristeza de cómo se despuebla después la tierra, este pequeño planeta redondo del que huye el misterio, que todo lo llena y queda el conocimiento, que todo lo empequeñece!

El niño que no supo de más universo que el de la casa paterna, en que había el continente conocido del primer patio, la tierra tenebrosa del segundo y el misterio, el mundo de la luna en un gallinero aislado, que encajaba en el edificio de una manera irregular, el niño que no conoció más mundo que el de la casa paterna y el lugar de expiación de la escuela de primeras letras, con qué estremecimiento entraría emocionado en aquel segundo patio del colegio. Bajó con trabajo una grada enorme y se encontró en el fondo de una barranca misteriosa. Otro chiquillo de su edad, gordiflancillo, locuaz y alegre, que reía de todo, se le agregó, y ya con él, continuó el viaje de exploración. Después subieron el monte en que estaba enclavada la pila y bebieron agua en unos vasos de peltre, que, pendientes por una previsora cadena de un barril, se hallaban para uso de los alumnos. Ninguno tenía sed en aquella hora matinal de las ocho; pero ¿para que se hacen los objetos de la industria de los hombres y para qué existe el agua clara y fresca, sino para hacer uso de ellos?

Además, el gusto de mover un grifo, cosa desconocida en sus casas y de ver que con un pequeño movimiento de los dedos grasos caía el líquido transparente o dejaba de caer. Así ocupados estaban cuando llegó un individuo mayor, de la respetable edad de once años y sumariamente se inclinó a beber, aplicando la boca al grifo mismo. ¿Le pareció aquello una profanación a mi locuaz acompañante? ¡Que idea loca cruzó por su cabecita ensortijada? Tomó un pichel, que un interno dejara olvidado, un pichel enorme con el cual apenas podía; lo llenó en la pila de agua y luego, tranquilamente, lo vació en la cabeza del que bebía inclinado, dejándosela hecha una sopa. El bañado de una manera tan imprevista chilló y después corrió a cumplir una amenaza de quejarse al señor Rector, un sacerdote blanco, de alma blanca como su alba, que murió sin tocar con sus sandalias de pastor otra cosa de este mundo que las baldosas de piedra de su Iglesia, y que, en un nominal rectorazgo, dejaba casi todo el peso del colegio sobre su hermano Pedro, haciendo sentir en el edificio sólo la luz alma que emanaba o el pasar santificador de sus manos sobre los muchachos rebeldes, cuando se acudía a él como a un último recurso. Un sacerdote blanco, que todos los jueves desataba las palomas de su palabra sobre doscientas cabezas juveniles. Las palomas volaban al azul, pero antes cumplían la misión de las aves de llevar semillas a las tierras vírgenes.

Después supe que el que así amenazó con acudir a su suave, temida autoridad, era un gallito temible, siempre en pendencias y amo autoritario de su sección. En cambio el autor de la hazaña era un buen muchacho, incapaz de hacerle daño a nadie y que no era penado en sus clases por más delito que el de reír.

Ante aquel acto me sobrecogió un gran temor por mis compañeros de colegio en general y por el gordiflancillo en particular, temor que nunca desapareció de mí y que después hice extensivo a los hombres. Me separé afligido de mi compañero de viaje y corrí a refugiarme en la Dirección, de donde no salí hasta que al fin de un largo recreo nos llevaron a un extenso salón de estudios, donde debíamos, preliminarmente, estar reunidos todos los alumnos, hasta que llegara la mayor parte de los rezagados y nos distribuyeron en las diferentes secciones.

Si en el viaje de exploración quedaron muchos territorios por conocer, entre ellos las alcobas de los internos, que ocupaban un segundo piso y eran el territorio de la China prohibido a los no iniciados en sus misterios, al entrar al salón de estudios recorrieron mis ojos un apartamento que no fué

de los que menos emociones me dieran, con sus numerosos pupitres que lo llenaban todo y su gran pizarra en el fondo.

Mis emociones de aquellas primeras horas de colegio eran exajeradas por mi escasez de vista. Era un terrible cegato que desconocía a su hermana a los veinte pasos de distancia. Tenía la timidez e irresolución de los miopes. Mis ojos tristes, semivelados, eran los de un niño sensible y apocado. Cuando leí el Poquita Cosa de Daudet, amé al autor de aquel libro admirable que así me retrataba al describirse.

Varios días no hicimos más que entrar al estudio y jugar. Lentamente empezaron a organizarse las clases. Al fin todas las correspondientes a mi grado estuvieron completas. Y me acuerdo de esos meses oscuros de mi vida de colegial. Los plantones, cuando una clase entera había faltado. Las formaciones. «Sección D, tres pasos al frente. Cabeza derecha, deré: a su clase, marchen». Y ya en las clases, cada tres o cuatro días, un profesor me mandaba a la pizarra y me dictaba una suma, que concluía con su ayuda; y luego, a soñar o a leer novelas en el banco más lejano. Y en todas las asignaturas algo parecido. Los estudios no eran para amenguar la salud.

A pesar de ello tenía horror al colegio. Me debatía entre las manos de mi madre pidiendo un día de vacaciones. Vociferaba, suplicaba, simulaba enfermedades. Y así escapaba muchos días. Era que mis compañeros, para los que era un mal camarada, reo del delito imperdonable de aislarse, me infundían un terror pánico. Se burlaban de mí; me llamaban hipócrita. Me hacían víctima de todas sus burlas. A veces mi amor propio, exasperado por la lectura de los «Tres Mosqueteros» o de una obra análoga, vencía a mi irremediable miedo y nos pegábamos. Entonces mi sufrimiento se hacía intolerable, no tanto por los golpes recibidos, sino por la cruenta lucha sostenida conmigo mismo hasta vencer mi cobardía y dar, con mano temblorosa, un bofetón inofensivo.

Así, entre dolor y ensueño, se sucedían mis días del Colegio. Al fin de los años escolares estaba la prueba terrible de los exámenes. Primero eran los privados. Entraba a ellos pálido, sudoroso. No tenía más conocimiento que el de los héroes o heroínas de las fábulas de autores más o menos célebres. Sabía de memoria las tramas de cien novelas de folletín. Y callaba como un muerto a las preguntas de los examinadores: ¿cuántas partes constituyen un huevo? ¿qué es el máximo común divisor? Y salía con las manos a la cabeza, como para salvar mis oídos de la voz tremenda del Señor Rector, que me deprecaba y me imprecaba e